

familias protestantes y atizado la intolerancia religiosa. A unos y á otros les parecía esta reaparición de las antiguas Cámaras como la vuelta de almas en pena desde el purgatorio al mundo. Pero el Monarca se empeñaba en que su decisión de dividir la autoridad con el pueblo exigía evocar el antiguo Parlamento, aquel cómplice de la antigua Monarquía nuevamente restablecido y rehecho. Pero el Parlamento no tenía el espíritu moderno, y se consideraba la Francia como si no existiera la filosofía y no corriera el siglo XVIII. Turgot se opuso á semejante evocación de lo antiguo, creyendo que en vez de un Parlamento iban á tener una casta. No se equivocó ciertamente. La más implacable de todas las enemigas fué la de aquellos magistrados, la de aquellos golillas, cuya tiranía resultaba la más insufrible, por lo mismo que se apoyaba en textos de viejas leyes y que no tenía sus facultades bien limitadas y concretas. Así es que atizó la discordia, dirigió peticiones innumerables al Rey contra las reformas, sopló su ira contra las pasiones, mandó recoger los libros que defendían la libertad del comercio de granos, prohibió la circulación de los folletos opuestos á los derechos feudales, dió golpe de muerte sobre Turgot y su obra hasta el punto de colocarse al frente de aquella reacción ciega, la cual, creyendo salvar la Francia antigua de uno de sus mayores peligros, atraía sobre sus cimas el rayo asolador de la revolución.

Pero si esto hacía el Parlamento, el clero no le iba en zaga, como debía suceder naturalmente tratándose de una clase depositaria de lo que podríamos llamar la idea trascendental, la idea madre, la idea base del antiguo régimen. Desde luego miraban los clérigos en Turgot un filósofo y un economista que trataba, no solamente de facilitar el cambio en los productos, sino facilitar también el cambio de las ideas, la circulación de la savia del pensamiento por el espíritu y el suelo nacional. Como acostumbrados á la intolerancia, adheridos al fanatismo antiguo, deseosos de conservar privilegios seculares y de mantener la unidad artificial, no podían querer los clérigos el libre cambio, consecuencia necesaria del libre pensamiento. Sabían además que el privilegio constituía dentro de sí una serie de privilegios, como dentro de sí constituyese el derecho otra serie de derechos, y que, amenazado el feudalismo nobiliario, quedaba también amenazado al mismo golpe el feudalismo teocrático. Y en verdad, Turgot procedía como hombre de Estado consumadísimo, dando de mano á las reformas contra el clero por no concitarse tantas iras y no despertar tantos y tan profundos odios. Pero hizo dos cosas que le trajeron también la animadversión clerical unida á la animadversión aristocrática; primero, propuso que se restableciera el Edicto de Nantes; y segundo, que se dejara la libertad de vender carne en Cuaresma. Ambas proposiciones, le una en sí grande, la otra menor, despertaban esas cóleras que guardaban siempre todos los privilegios contra todos los progresos. Vino la ceremonia por excelencia de la Monarquía, ceremonia pura de la Edad Media, la Consagración del Rey bajo las bóvedas de la iglesia de Reims, antiguo santuario de la tradición histórica y del derecho divino. Las columnas y las bóvedas de una catedral gótica, la presencia del

patriciado con todos sus timbres y todas sus preseas, el clero vestido de sus dalmáticas y de sus capas pluviales, las nubes de incienso mezcladas con las melodías del órgano, los recuerdos desprendidos de todas aquellas ceremonias, el trono al pie del altar, los obispos y arzobispos en torno de la real persona, el Rey junto á su bella esposa vestido con el pintoresco traje regio, los príncipes y las princesas de la sangre sobre cuyas preseas parecía haber caído una lluvia de diamantes, todos los teatrales y vistosísimos espectáculos tenían mucho del genio de la Edad Media y repugnaban al gran filósofo profundamente poseído del espíritu moderno y adicto á las nuevas ideas. Así, en tanto que al clero importaba mucho que la ceremonia de la consagración se verificase, á Turgot le importaba precisamente lo contrario. Luego, en aquel tiempo de renovación social, se habían llevado las cosas más lejos que en los tiempos monárquicos y se habían extremado las ceremonias cortesanas con verdadero extremo. La única fórmula democrática, que había en el ceremonial antiguo, la referente al pueblo, quedó suprimida y abrogada. En cambio volvió á exigírsele á un rey, que tenía en su gobierno filósofos y enciclopedistas, el compromiso formal y solemne de exterminar á los herejes. Turgot se opuso á la consagración. Cuando no pudo conseguir nada, se opuso á que la fórmula de la presencia del pueblo se suprimiera, pero se suprimió. Suprimida esta fórmula, se opuso á que la fórmula contra los herejes se mantuviera y se mantuvo. Vencido en todos estos terrenos, trató de que la ceremonia se trasladase desde Reims á París, desde la ciudad gótica á la ciudad moderna. Tampoco pudo conseguirlo. En todas estas cuestiones se gastó su influencia en el clero y se atrajo innumerables enemistades. Temía, y con razón, que todo aquel aparato eclesiástico, toda aquella cohorte de obispos y arzobispos, toda aquella resurrección del genio en la Edad Media, todas aquellas fórmulas del derecho divino ejercieran letal influencia sobre el ánimo apocado del Monarca y le llevaran á creerse sostenido por la antigua tradición y no por el moderno derecho. En efecto, el Rey se imaginó un momento en otros siglos. Las nubes de incienso cegaron sus ojos para que no viera la tempestad de las ideas. Los acentos del órgano ensordecieron sus oídos para que no advirtiera el rumor de los grandes terremotos sociales. Cernióse el Espíritu Santo sobre su cabeza y le imbuyó la superstición de que Dios estaba en su autoridad y en su derecho. La Reina misma, cuya ligereza era notoria, se sintió conmovida en presencia del grandioso espectáculo. El Rey murmuró en voz baja la fórmula relativa al exterminio de los herejes, y cuando le pusieron la corona sobre las sienes exclamó: «Me incomoda esa corona». En efecto, incómoda carga para quien ignoraba por completo si la doraría con el espíritu liberal ó la sostendría en el antiguo espíritu. Incómoda carga en aquella época de tempestades, de procelosas tormentas, de angustias, de zozobras, de incertidumbres, de crisis en que dejábamos á nuestra espalda un mundo gastado, é íbamos hacia el mundo de lo porvenir en alas de la tempestad. El clero excomulgaba este espíritu, pero no conseguía detenerlo. Y como todos aquellos que no pue-

den contrastar un pensamiento, creía necesario apelar á la fuerza. Así, en aquella especie de concilio provincial que se reunió en París á fin de dar al Estado lo que llamaban el tributo voluntario, decidieron los clérigos dirigirse al Rey exponiéndole la situación lastimosa de la Iglesia á causa de la impunidad en que iban quedando las herejías y de la libertad que iban teniendo los libros impíos. En vista de tamaña calamidad se dirigen al Rey conjurándole para que cortase la peste de los herejes y dirigiese las ideas por el cauce que había abierto en las conciencias la mano poderosa de la Iglesia. El clero aspiraba, pues, á la antigua intolerancia y temía que el espíritu filosófico asentado en el trono con Turgot hiriese las antiguas prerrogativas de la teología. Mas sobre este temor religioso tenía otro todavía más terrible, el temor de que las reformas llegasen á sus bienes como habían llegado á los bienes de la aristocracia. Cuando se hablaba tanto de la igualdad ante el impuesto, no podía desconocer que pagando poco la nobleza, pagaba el clero mucho menos, con don gratuito votado en asambleas de clase y retribuido siempre en extraordinarias mercedes. Cuando tanto se hablaba de moralizar é impulsar la propiedad, el clero no podía desconocer que estaba la tercera parte de Francia en sus manos muertas. Así es que, preservado en aquel momento por la piedad del Monarca y por la inteligencia de su primer ministro, todo anunciaba que se unía sin remedio á la aristocracia, á la corte, al Parlamento, á los arrendatarios de las rentas públicas, á los alcabaleros, á los poseedores de oficio, á los explotadores de riqueza pública, á todos los privilegiados, para combatir y destronar al hombre funesto que venía con el propósito firme de la reforma y con la decisión incontestable de cumplirla y realizarla. Así Turgot aparecía como un gigante de pie en medio de la gran tempestad que agitaba el Océano tormentoso del espíritu de su tiempo y que escupía por doquier cóleras en las cuales se hubiera anegado otra alma menor que la suya y otro entendimiento que no hubiera tenido su fuerza y su pujanza.

No le quedaba, en verdad, más refugio que el pueblo. Pero no hay que fiar mucho en el pueblo cuando se intentan grandes reformas. Van unidas á semejante transformación perturbaciones sin cuento. La tragedia histórica se reduce á un conflicto perpetuo sobre los tradicionales intereses y las ideas progresivas. Cuando una idea combate y vence á un interés, produce, por necesidad, hondísima crisis. Los despojados de este interés se sienten profundamente heridos, y se quejan con quejas amarguísimas. Los favorecidos no conocen de pronto el favor, porque toda mejora es lenta y tarda toda reforma. Así, los reformistas tienen siempre contra sí los privilegiados con los restos del poder, producto del mismo privilegio que pierden. Y no tienen á favor suyo á los favorecidos por la reforma, porque las reformas consiguientes á un cambio social, se realizan con una medida y una lentitud desesperantes. Luego, como toda idea lleva en sí una serie de ideas, no hay reforma que no contenga otra reforma mucho más radical y mucho más progresiva. Y el pueblo se divide en pueblo adscrito á los partidos tradicionales y pueblo adscrito á los partidos progresi-

vos. El pueblo adscrito á los partidos tradicionales sostiene á los reformadores y el pueblo adscrito á los partidos progresivos suele sostener á los utopistas. No debe olvidar quien estudie una revolución en la Historia, esa clínica de las ciencias políticas. Y no debe olvidarse que en la Historia, casi todos los reformadores han caído, por las exageraciones con que han extremado los utopistas las progresivas ideas. Muchas veces tales utopías se truecan, por desgracia, en verdaderos instrumentos de reacción y de retroceso. No hay revolución antigua que se parezca á las revoluciones modernas como la revolución de los Gracos. Proponían aquellos ilustres reformadores que se diesen á los plebeyos las tierras del Estado, las tierras provinientes de la conquista, las tierras adscritas al Tesoro, las tierras públicas. Y los aristócratas, para perderlos, no encontraron más medio que concitar contra ellos las iras del pueblo. ¿Qué dicen de las tierras públicas? gritaron con perfidia. Todas las tierras deben repartirse; pero todas entre las gentes del pueblo, lo mismo las tierras públicas que las tierras particulares, lo mismo las tierras pertenecientes al Erario que las tierras pertenecientes al patriciado. Por consecuencia, los Gracos son unos reformadores estimados del fisco, porque, en realidad, son unos enemigos claros del pueblo. Y el pueblo creyó á los aristócratas. Y mató á los tribunos, sin comprender que la muerte de ellos era su propio suicidio. Pues la Historia se repite con triste monotonía. Las reformas de Turgot le concitaron las iras populares. Naturalmente, al caer las antiguas barreras opuestas á los cambios, al abolirse las aduanas interiores, que fueron bastiones inexpugnables del privilegio, al moverse con nuevo incremento los trigos amontonados y apollados en los graneros, como sucede á todas estas crisis, á todas estas reformas, donde, al pronto, sólo se tocan los resultados desfavorables, encarecieronse trigo y pan. Nada más fácil que mover á un pueblo hambriento contra sus propios bienhechores, contra los que quieren salvarlo. Cuantos percibían pensiones sobre los arrendamientos de los tributos provinciales, daban el dinero recibido de sus propios privilegios para derribar al hombre de Estado que salvaba al pueblo, consumiéndole en la cólera del pueblo. Es curiosa la lista de los pensionados: Madame Dubarry, la última querida de Luis XV; mademoiselle Cancret, cantante de los conciertos regios; madame Grambone, mujer de un banquero, que había sido llevada varias veces á las orgías del parque de los Ciervos; la manceba del conde de Clermont; la hija natural del Abad Ferray; y, entre todos estos personajes inscritos, el Rey con las princesas de su real familia. No continuemos, pero no desconozcamos cómo estas gentes amenazadas debían atizar la cólera del pueblo contra las reformas, y, especialmente, contra la que menos podía comprender, contra la libertad en el comercio de los trigos. Por los mercados de París aparecían campesinos, venidos de treinta leguas á la redonda, que hablaban el lenguaje de la pasión y que maldecían de los innovadores y de sus innovaciones. Hombres sinistros, de esos que parecen por las tempestades engendrados, especie de mónstruos incomprensibles, abortos de ciertas en-